Actualidad de la Utopía

por Enrique Ghersi

Cuando una persona se refiere a un mundo ideal o imaginario, o cuando pretende señalar la imposibilidad de una pretensión, usa la palabra utopía. La utopía sintetiza lo onírico, lo irreal, lo imposible. Pero estas acepciones coloquiales no parecen tener conexión con el verdadero sentido del término.

En la Grecia clásica, la utopía era un sistema político rigidamente establecido, conducente a imponer a la realidad la planificación y criterios del pensamiento. Es decir, pretendía analizar los hechos por su relación con las categorías intelectuales. De su adecuación con éstas, más o menos perfecta, se establecería la validez o invalidez de las sociedades. El criterio de verdad utópico sería la congruencia de la cosa con el intelecto.

Los textos de Platón tienen un alto contenido utópico, por cuanto del análisis ontológico del hombre deduce un proyecto social que divide a las clases de la misma forma que el ser. Ello origina una jerarquía claramente diferenciada con matices onto-teológicos. Este método de generación de proyectos políticos es una constante en el pensamiento occidental, que forma ya una tradición utópica.

La utopia es un sistema cerrado que pretende organizar la sociedad de manera racional y más "humana" por ende.

Debemos descartar ideas equivocadas. La utopía no es un sueño, ni algo bello, ni un fantasma; es un modelo, un planteamiento que pretende determinar el comportamiento de los hombres a partir de la precomprensión de lo que es el ser y el universo. La utopía es un acto político o, de alguna manera, un acto que su autor desearía ver convertido en político.

Un segundo aspecto, que cabe mencionar, es que la utopía no es libertaria. Como producto de una reflexión dogmática es incompatible con la autonomía de la voluntad personal. Los cuestionamientos o las desobediencias son tanto inconcebibles como inadmisibles para el sistema utópico.

El pensador utópico sostiene que la sociedad debe ser un fiel reflejo del ordenamiento natural. En consecuencia, todos los problemas que existen se deben a distorsiones o degeneraciones de tal reflejo, corregibles por la acción de los hombres. Resulta, entonces, que la utopía sacrifica la libertad en aras de la igualdad, el instinto en favor de la razón, la esperanza a la planificación, y todo porque cree que así humaniza más al mundo.

Sin embargo, ¿cómo explicar la ambigüedad contemporánea del término? Distingamos, para el efecto, la utopía en cuanto doctrina, del utopismo en cuanto intención de superar el pasado, el presente y el futuro en nombre de lo imaginario.

El utopismo no es un sistema, es una aspiración. No es reflexión sino opinión, y una opinión no desea modificar la sociedad, por más que aparente lo contrario. Coincidimos con Gille Lapouge en cuanto es posible afirmar que toda sociedad es esencialmente utopista en su base, y utópica en sus élites; de tal manera que la colectividad mantiene vigente una aspiración por lo imaginario, mientras que la intelligentsia sostiene un proyecto político que aplicar a la sociedad.

Utopismo es esperar el fin del mundo mañana, o soñar riquezas, o recrear el espíritu con todos los logros que esperamos tener en nuestra vida. Utopía, aquello que no tiene lugar, es el planteamiento de un nuevo orden social y político, no a partir de los hechos ni de las realidades, sino de formaciones intelectuales o palabras.

Las comunidades son utopistas; las élites, utópicas. Aquéllas aceptan el mundo tal cual y viven en él. Estas niegan la realidad por engañosa o inadecuada y proponen una nueva para reemplazarla.

Desde este punto de vista, parece un poco extraño que Marx diga que Furrier, Owen y Saint-Simon que eran utópicos, sin aplicarse a sí tan digno calificativo que lo hace partícipe de una de las tradiciones más importantes del pensamiento occidental.

Para interpretar la realidad no es necesario recurrir a sistemas cerrados de pensamiento, es decir a utopías. Por algún designio, el cálculo, el planeamiento y la razón jamás son absolutos; ello no ha acarreado, por lo menos hasta ahora, la destrucción de nuestro mundo. Lo destacable es que la humanidad —bien o mal, poco importa— siempre ha logrado solucionar sus problemas y salir adelante.